



Las Madres

A 30 años del golpe

Por *Nora Cortiñas* *

El 24 de marzo de 1976 se instauró en nuestro país la dictadura más sangrienta que habría de conocer la historia argentina. El secuestro, tortura y muerte como método cotidiano del Terrorismo de Estado y la instalación de centros clandestinos de detención a lo largo y ancho del país, inauguraron en la Argentina la figura del detenido-desaparecido.

La represión, comenzada en los años anteriores al golpe militar con la persecución y asesinato de jóvenes militantes, se continuó entonces institucionalmente, implementada ahora desde el Estado con todos sus organismos al servicio de los intereses del poder que, creando la infraestructura necesaria para el ejercicio de esta metodología, sembró el país de campos de concentración. Esa represión dejó como saldo la “desaparición” de treinta mil personas y tuvo como objetivo y consecuencia directa la implementación de un modelo económico de exclusión que es el que hasta hoy padece la gran mayoría del pueblo argentino.

Bajo la consigna de “zona liberada” las fuerzas de seguridad actuaban impunemente en los procedimientos llevándose a jóvenes, adultos, mujeres embarazadas y niños ante la impotencia angustiada de sus seres queridos que nada podían hacer para impedirlo.

En busca de los que habían sido arrancados de sus casas, los familiares de los secuestrados recorríamos ministerios, comisarías, cuarteles, organismos oficiales, iglesias, etc., infructuosamente, sin ningún resultado. Habían desaparecido, era como si se los hubiera tragado la tierra, nadie sabía nada. Nosotras, las madres, la mayoría sin saber qué hacer, adónde



recurrir, y frente a la magnitud del secuestro masivo, empezamos a cruzarnos en esos mismos lugares que frecuentábamos buscando a nuestros hijos, intercambiando trámites, sugerencias, direcciones, ideas, etc. Los hábeas corpus daban negativos o eran rechazados; los abogados que los firmaban, eran amenazados, secuestrados, convirtiéndose algunos de ellos también en desaparecidos.

Así empieza a surgir, como producto de la realidad oscura, incierta, siniestra, la necesidad de las madres y de los familiares de encontrar alguna forma, agrupada, solidaria, de organización que permitiera una resistencia y acción colectivas.

Nacen entonces -en la década de los 70- los organismos de afectados directos por la represión: Madres, Familiares, Abuelas, que reuniéndose en sus propias casas, en plazas, iglesias, van dando forma a parte de lo que hoy engloba a los Organismos de Derechos Humanos. Las Madres surgimos así dando lugar a una organización sin precedentes en nuestra historia, con una importancia fundamental, directamente proporcional a aquello que nos dio vida: la pérdida de lo más preciado que tiene una madre, sus hijos, parte de su ser, de su cuerpo, de sus entrañas. Después, la historia se construye por fragmentos. Hay anécdotas, relatos diferentes contados por diferentes protagonistas. Muchos de ellos ya no están. Pasaron treinta años. Muchas de las mujeres que engendraron esta lucha quedaron en el camino. Algunas murieron por enfermedad, por la edad. Otras fueron desaparecidas, igual que sus hijos. Todas murieron de tristeza. Y todas, las que ya no están y las que aún continúan formaron parte, construyeron, crearon y pusieron su vida y su lucha, al servicio de una organización que se convirtió durante todos los años de plomo en símbolo de resistencia. Nunca un movimiento engendrado por treinta mil puede reducirse a un origen individual. Así como su lucha, también su origen fue colectivo y se continuó y recrudesció en el tiempo con más secuestros, más desaparecidos, más madres.

Por eso, porque el poder sabía la potencialidad e im-



portancia de nuestra organización y de nuestra lucha intentó desbaratarla llevándose a tres madres, a un grupo de familiares y a dos monjas francesas en el operativo de la Marina conocido como “el secuestro de la Iglesia Santa Cruz”. Pero esas madres, pioneras, fundadoras, luchadoras, sabían ellas mismas que aquello que nos había dado origen no era apenas una frase, una idea individual, una convicción de alguna o aquella famosa discusión entre varias, en la Liga, acerca de si había o no que ir a la Plaza. Era una lucha más profunda, empezada -en un plano- antes incluso por nuestros propios hijos y que luego con su desaparición habría de adquirir el carácter de incondicional e irrenunciable que le daría precisamente nuestra condición de madres.

Esa lucha fue tomando muchas formas; las Madres tuvimos que aprender colectivamente a tomar decisiones, a discutir nuestros lineamientos, a ampliar y expandir nuestra actividad. Así como hubo una primera etapa de búsqueda de nuestros hijos en donde reconocer públicamente su militancia era acrecentar sus riesgos, entendimos posteriormente que la reivindicación de la misma era la reivindicación de ellos, de sus ideales y la vigencia de las razones que entonces los motivaban.

Así nacimos, y así continuamos. Y así, en un acto simbólico sin precedentes, las tres madres secuestradas “volvieron” juntas, como reafirmando el origen colectivo de su organización y velando por la continuidad de esa lucha.

* Madres de Plaza de Mayo
Línea Fundadora